

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

EL SONIDO QUE MATA

Esta noche ha sido buena: sólo dos veces. La primera hacia las tres, la segunda a las seis, como siempre. Inútil protestar. Para estas cosas la policía no sirve: no es nada grave, y además no existe ninguna disposición precisa sobre cómo comportarse en casos semejantes. No me queda más que revolverme en el lecho, obligado a estar despierto. ¿Dónde están, condominos? ¿Es posible que en un radio de quinientos metros sólo yo sea sensible a este tormento? ¿Es posible, me pregunto, que ninguno advierta este cáncer colectivo? ¿Es posible que todos aceptemos mudos una práctica tan aberrante, inútil, insensata? Sí. No hay otra explicación de cara a la difusión de esta locura pública e inadvertida: sirenas, sirenas anti robo.

Antes de hundirse en la desolación del paisaje urbano, esta palabra tenía un sentido muy distinto. De ello se habló en un congreso sobre Apollinaire realizado en Roma hace diez años, precisamente cuando la enfermedad comenzó a atacar. Según Károly Kerényi, el término "sirena" designaba a una familia de seres pertenecientes a un culto preolímpico, híbridos con el cuerpo superior de mujer y el inferior de pájaro (el tipo de mujer - pez no se afirmó sino más tarde). El aspecto femenino y volátil los aproximaba a las musas, a las erinias, a las graias, a las arpias, a la Medusa y a la Esfinge. Antiguos relatos señalan en ellas a las hijas de la Ctonia, la "profundidad de la tierra", y las compañeras de Perséfone, la reina de los infiernos. Esta versión insiste, más que en la morfología, en su operar simbólico. Las sirenas eran de hecho veneradas como sacerdotisas de una isla sepulcral, en la cual desempeñaban la doble función de procurar la muerte a los navegantes y de hacerla menos penosa a cualquiera que entrara en el reino de los difuntos.

Eran pues divinidades fúnebres y eróticas, una especie de ángeles llamados a entonar lamentos y acompañar el tránsito de las almas. Es decir que tenían el encargo de enlazar la muerte y el amor, ya fuera provocando, ya fuera mitigando la una con el otro. Su apariencia misma (las garras del ave rapaz ocultas por el rostro de muchacha y viceversa) explicita esta labor de disimulación, cuyos dos términos, negándose recíprocamente, se reúnen finalmente en el reclamo del canto. Pero existe además una tercera función, revelada en la invocación a Ulises: "Todos sabemos lo que ocurre en la tierra nutricia".

Entre el oficio fúnebre y el erótico se introduce el ofrecimiento de la prevención, el gesto de las divinidades oraculares y omniscientes. Según una tradición arraigada en el corazón de la cultura occidental, la tentación del conocimiento conduce al hombre a su destrucción. Así, la promesa contenida en el canto transforma el sonido en carnada: ofreciendo el don, las sirenas lo esconden para atraer a la víctima. Basta pensar en sus espléndidos nombres: *Telxinoe*, "la encantadora"; *Aglaope*, "la de la voz espléndida"; *Pasinoe*, "la seductora"; *Imeropa*, "la que con su voz despierta el deseo". La figura del mito revela entonces un triple aspecto: porta la muerte, invita al amor, dispensa la sabiduría.

Como ha explicado Robert Graves, esta criatura, vencida por Orfeo y Ulises, habría terminado por suicidarse. Sin embargo, por lo menos en la esfera del lenguaje, las sirenas alcanzaron a sobrevivir. A partir de 1820, con la invención de un aparato para emitir sonidos subacuáticos, su nombre se transformó en puro llamado. Se trata de una metamorfosis similar a la de la ninfa Eco, es decir, basada en el intercambio entre el sujeto y su función. Como sea, a diferencia de en otros casos semejantes, esta singular evolución semántica trae a la luz en toda su violencia el agotamiento del mito a la vista de la máquina, o mejor, su trasposición en el modo de la técnica. Si la efígie de la sirena representaba el cruzamiento entre el humano y el animal, su nombre ha acabado por constituir el punto en el cual se intersectan el léxico industrial y el mitológico.

Un bello itinerario, no hace falta decirlo, el mismo recorrido hace tiempo por Meri Franco Lao en su *Le Sirene (da Omero al pompiere)*, es analizado en el último libro de Maria Corti, *Il canto delle sirene*. En los hechos, sin embargo, todo esto desaparece delante de los monstruos hodiernos, con sus gritos mecánicos y monótonos, el trino bitoral, sobresaltado, intermitente, el esbozo de un miserable diseño melódico emitido por las trompetas de la brutalidad. En un panfleto reciente, parcial y apasionado, Sebastiano Vassalli ha descrito la náusea y el horror de los "banales años ochenta". Y bien, a esta especie de oración fúnebre le falta sólo el emblema, y yo propongo que sea una sirena heráldica, un amenazante claxon en campo negro.

Su presencia corresponde al enésimo nudo producido en el tejido de una sociedad ya enteramente entregada al desprecio del vecino y del prójimo. Pero lo que más sorprende,

ante esta inverosímil manumisión de los derechos más elementales, es sobre todo la resignación: la invasión del sonido es recibida en silencio. Nadie ha advertido su llegada, nadie ha protestado, hasta que las ciudades se han transformado en un único interminable detector, un dispositivo de la clase de los usados para las revisiones en los aeropuertos.

Se desatan, suenan en defensa del ídolo. No hace falta un ladrón: basta un temporal, el contacto con un peatón que pasa, el rumor de un camión. Las palabras del canto bárbaro son siempre las mismas: "¡Es mío!". Estamos escuchando el himno a la propiedad privada. Es mío el automóvil, no pueden ignorarlo, deben recordarlo cada hora del día y de la noche. La *privacy* ajena, la regla más elemental de la convivencia civil, no tiene ninguna importancia frente al hurto del propio autoestereotipo. Sería como decir: "Ocupate de mí, delego en ti la defensa de mi patrimonio y lo hago teniéndote informado". Este es el secreto. Las sirenas representan noticias no pedidas, informaciones molestas, anuncios impuestos. Son los *spots* de nuestra existencia que llueven sobre nosotros, dejándonos inermes, sin siquiera un control remoto para cambiar de canal. Es un don de los años ochenta, tengámoslo presente.

VALERIO MAGRELLI

Traducción de Aurelio Astain

